

ALBORES DE LA TERCERA ESPAÑA EN GALDÓS

GALDÓS AS A PRECURSOR TO THE «TERCERA ESPAÑA»

M^a Ángeles Varela Olea

Universidad San Pablo-CEU, CEU Universities

RESUMEN

La labor de crítica política del joven Galdós lo llevó tempranamente a observar el peligro de los fanatismos de ambos extremos. El liberalismo radical y el absolutismo son dos caras de una misma fiera que observa en sus reflexiones de la política actual, así como en las novelas sobre el pasado y presente español. Esas dos Españas lo sitúan en una tercera España: la de la razón frente a la barbarie y la de la moderación frente al fanatismo. Su análisis nos advierte de cómo se fue germinando la Guerra Civil del 36, que nos pronosticó en numerosos textos y explícitamente en *Doña Perfecta*.

En el presente artículo rastreamos dicho análisis galdosiano en artículos, novelas y obras de teatro, donde anticipa lo que escribirán quienes vivieron la Guerra del 36. Junto a fragmentos de la obra de Galdós, rescatamos testimonios de Unamuno, Machado, Ortega, Moreno Villa, C. Campoamor, Marías, Chaves Nogales o Baroja.

PALABRAS CLAVE: Galdós, Guerra Civil, fanatismo, «libertad con orden», «tercera España».

ABSTRACT

The critical labour of the young Galdós's led him to an early observation of the danger of fanaticism in both political sides. Radical progressives and radical traditionalists were two sides of the same beast, which Galdós examined in his reflections about the coetaneous Spain and also in his novels about the Spanish history. Those extremist «two Spains» led him toward a warm «third Spain»: the Spain of the reason versus barbarism, the Spain of the moderation versus fanaticism. His prophetic analysis prevents us against the causes of the Civil War, as we can read in several of his works, but mainly in *Doña Perfecta*.

In our text, we pursue this Galdosian's reflections throughout articles, novels and theatre works in which he anticipates warnings about extremisms, as will be claimed later for those who suffered the Spanish Civil War. So, jointly with Galdós's works, we recover testimonies by Unamuno, Machado, Ortega, Moreno Villa, C. Campoamor, Marías, Chaves Nogales, Baroja, etc...

KEYWORDS: Galdós, Civil War, Fanaticism, Freedom and Order, «Tercera España».

La labor de politólogo ejercida por Galdós durante sus años de periodismo condujo tempranamente sus expectativas hacia el desencanto de los partidos políticos oficiales. Su propia participación en las filas del liberalismo, y el cunerismo con que se produjo, dejaron resabios amargos en su conciencia, y ácidas críticas en las palabras de sus personajes. De ahí, la temprana denuncia en su obra literaria de dos Españas irreconciliables en que tampoco se reconocía. De ahí también su propuesta regeneracionista en la incorporación política al republicanismo del siglo XX. De ahí, sus discrepancias ante los extremismos de unos y otros, así como su talante conciliador y su incorporación final al reformismo posibilista. Galdós constituye un precedente imprescindible del pensamiento de los noventayochistas, pero sin duda también de las generaciones que vivieron la Guerra Civil del 36.

Cien años antes del estallido de la guerra civil española, un escritor paseaba su mirada por los monumentos, instituciones, lugares y teatros españoles para constatar que hasta en el antaño crítico reformador que él mismo había sido yacía muerto todo, incluso la esperanza. En su conocido artículo “El día de Difuntos de 1836”, Larra hacía referencia a la mortecina vida ministerial española, a la separación entre la vida política y los españoles que representa, entre unos poderosos directores de la nación y otros no representados, exclamando: «Aquí yace media España, murió de la otra media» (Larra: 1997, 405).

La existencia de dos Españas irreconciliables y fratricidas ha sido uno de los temas con más tradición entre los pensadores políticos y los artistas comprometidos como Galdós. Su temprana labor como cronista parlamentario cinceló a un politólogo consciente de la realidad práctica política. En sus primeros años, la figura de mayor influencia será José Luis Albareda: moderado primero, tras la Septembrina, miembro de la Unión Liberal y conservador en la época de Amadeo; «el más aristócrata de los periodistas –escribía Galdós en *Amadeo I*– y el más elegante de los políticos» (Dendle: 1982, V del pról.). Fue el fundador de la *Revista de España* en la que el novelista publicará números artículos políticos y la mayoría de sus primeras obras como *El audaz* o *Doña Perfecta*.

Albareda y su revista preludian el tono conciliador y moderado característico de Galdós: apoyando la Revolución del 68, se inclinaba por el modelo inglés, condenando la violencia de la Revolución francesa, abogaba por la libertad de prensa, reunión, comercio y enseñanza, y defendía la separación de Iglesia y Estado, si bien su concepto de progreso incluía «el desarrollo natural de la idea cristiana». En ese sentido, los artículos galdosianos harán crítica de la utilización política de la religión y de aquellas «individualidades díscolas» del clero «que sueñan con un reinado de predominio al amparo del más brutal y extemporáneo absolutismo» (Pérez Galdós: 1982, 7)¹. Pero el retrato de ese clero se completa leyendo, en cambio, sus alabanzas a otros representantes de la Iglesia como el obispo de Cuenca o el de Jaén, de quienes destaca precisamente el cristianismo conciliatorio, místico y evangélico. A decir de Dendle, «las creencias políticas y religiosas de Galdós eran eco de las de Albareda». Defensores ambos del modelo inglés, consideraban que los españoles imitaban demasiado a los franceses y la recién ganada libertad, adquirida con la Revolución del 68, requería tiempo. Vemos ya en las bases de este pensamiento político los ingredientes de ese distanciamiento frente a los extremismos beligerantes, así como la receta para una Tercera España: los grandes enemigos en todos los sectores son la ignorancia y el fanatismo, en tanto que se defiende *la conciliación de la libertad con el orden*. Muy poco después de la Revolución, en 1869-1870,

¹ Revista política. Interior, 13-5-1871.

Albareda lamentaba los desórdenes en Andalucía, la palabrería política de las Cortes, la falta de dirección verdadera en la vida política nacional y «la inhabilidad de España para conciliar la libertad y el orden». Términos que progresivamente y por separado serán la enseña de bandos irreconciliables: recuérdese, por ejemplo, la general rebelión intelectual contra una «República sin orden», en palabras de Melquiades Álvarez al que el último Galdós político siguió a su Partido Reformista (Varela: 2013).

Pero esa postura galdosiana en defensa de una reconciliación de extremos, es la misma que adoptarán numerosos escritores políticos al contemplar la beligerancia progresiva de dos Españas diferentes. Una larga trayectoria de grandes autores apuntada, entre otros, por Santos Juliá en su premiado trabajo *Historia de las dos Españas* (2004), en el que, sin embargo, no se presta la merecida atención a uno de sus más temidos desveladores y pensadores políticos, además del que, en general, ejercerá mayor influencia en nuestro escritor: Joaquín Costa, cabeza del regeneracionismo y enemigo de la separación entre un «Estado de derecho» y otro «Estado de hecho» que, en definitiva, subyace a todas las posibles divisiones dualistas de nuestra nación (oligarquía y pueblo, revolucionarios y absolutistas, laicistas e integristas, centralistas y regionalistas, etc...). Mucho antes de que Antonio Machado advirtiera a los españolitos de que una de las dos Españas habría de «helarle el corazón» y antes de que ese epígono del 98, Ortega, dijera aquello de que «Dos Españas, señores, están trabadas en una lucha incesante», también muchos otros lo habían advertido y a su vez, habían defendido una Tercera España.

Entre ellos, hay que destacar sin duda a Salvador de Madariaga, a quien se le atribuye la creación del término a la llegada de la República en 1931. Exiliado en Estados Unidos, trató de no hacer manifestaciones públicas sobre la Guerra Civil, dado que

(...) no podía hablar a favor de los rebeldes, porque negaban todo lo que yo consideraba válido; no podía hablar por los revolucionarios, no sólo porque no creía en sus métodos (ni, en el caso de algunos de ellos, en sus objetivos), sino porque no defendían lo que decían defender. Se llenaban la boca con democracia y libertad pero no permitían vivir ni a la una ni a la otra (Preston: 2010, 334).

Esa es la causa por la que muchos españoles emigrarán aún sin saber el final de la contienda. Por eso otro republicano desencantado, Julián Marías, describió que «la gran mayoría de la emigración intelectual no se produjo en 1939, al final de la guerra, sino en 1936, a su comienzo» (Zaragoza Pelayo: 2012, 191). Así, la mayoría de los intelectuales comprometidos con la República, se distanciaron de su práctica revolucionaria y su beligerancia fanática, como al mismo Galdós le había sucedido veintitrés años antes, cuando

contempló el espectáculo de los republicanos y socialistas que hacían sangre de su amigo Melquiades Álvarez por su aproximación al rey Alfonso XIII, y con quien él mismo decidió abandonar el partido Republicano para unirse a sus Reformistas (Varela: 2013). Ese posibilismo en cuanto a las formas de gobierno del Partido Reformista de Melquiades Álvarez en que Galdós se inserta en 1913 y del que será diputado, es el origen del odio entre los antiguos correligionarios republicanos que acabarán con su vida, acrecentado –no causado– por la defensa que hizo como abogado de José Antonio Primo de Rivera². Melquiades Álvarez fue también defensor de esa tercera España y se rebeló contra una ‘República sin orden’. Considerado traidor, fue asesinado por milicianos en agosto de 1936 cuando estaba en la cárcel Modelo, junto a destacados falangistas y otros republicanos como Ramón Álvarez-Valdés³, ex ministro de Justicia de Lerroux, también arrestado por las autoridades republicanas y otro de los que abandonaron el republicanismo de la Conjunción para integrarse en el posibilista partido Reformista.

La coyuntura histórico-política del tiempo que a Galdós le tocó vivir fue el germen de los extremismos que desembocaron en la Guerra Civil. Y frente al fanatismo de ambos extremos, Galdós muestra su rechazo. Hay historiadores como Paul Preston que describen tres Españas, la tercera de las cuales está constituida por una mayoría de españoles que durante la Guerra Civil rechazaron la violencia política y quedaron traumatizados por los horrores del extremismo sectario (2011, 63). En ese sentido, recuerda las palabras de Azaña en Barcelona en el segundo aniversario del comienzo de la Guerra como «epitafio para los que habían muerto en ambos bandos»: Estos caídos son una lección sobre la intolerancia, el odio y el apetito de destrucción que fue la guerra, por lo que deberíamos escuchar «el mensaje de la patria eterna que dice a todos su hijos: Paz, piedad y perdón».

Esa postura galdosiana de moderación se manifiesta en episodios biográficos y consecuentemente en su obra literaria. Incluso en las novelas de tesis galdosianas, en que el autor parte de un presupuesto ideológico que se pretende demostrar a través del relato, trata de presentarnos posturas moderadas junto a las más exaltadas. Es más, desde sus novelas

² Su descendiente parece desconocer la prolongada beligerancia con que el sector republicano trató a Melquiades Álvarez, de la que queda constancia en la prensa, en artículos y caricaturas burlescas y amenazantes contra quien consideran traidor y «lorito real». De ello di cuenta en mi artículo de 2013 sobre el significativo estreno de su obra teatral *Celia en los infiernos*, acontecimiento literario y político, puesto que fue también la puesta en escena de la aproximación política a la monarquía de Galdós y otros integrantes del Reformismo. Esa injusta fama de M. Álvarez ganada en 1913 se incrementaría al aceptar la defensa de José Antonio, puesto que se malinterpretaría como una nueva deslealtad. El Presidente del Supremo, don Jesús Arias de Velasco, suspendió el recurso de casación y advirtió a Melquiades del peligro que corría defendiendo a José Antonio, a quien consideraba «uno de los hombres más odiados por el gobierno y por el pueblo» (Álvarez-Buylla Ballesteros, Manuel: 2011, 176).

³ Quien mucho antes había estado afiliado como Galdós al Partido Reformista de Melquiades.

iniciales vemos cómo la crítica al fanatismo se realiza contra ambos extremos: la tan conocida lectura política de *Doña Perfecta* queda coja y falseada si no se sitúa junto a su anterior posicionamiento relatado en *El audaz. Historia de un radical de antaño*. Así leídas, la una junto a la otra, lo que vemos es que en ambas novelas Galdós contraponen esa tercera España moderada y racional a las dos exaltaciones fanáticas: por un lado, la del revolucionarismo radical y por otro, la del conservadurismo retrógado. Galdós hace un triste diagnóstico sobre qué le espera a España más de sesenta años antes de que suceda la Guerra Civil.

Aunque a veces se ha interpretado *El audaz* (1871) como la tragedia de un liberal «revolucionario moderado» –oxímoron posible sólo para los lectores insurgentes e incendiarios– el posicionamiento galdosiano es explícito desde el mismo subtítulo en que califica al protagonista como un audaz *radical*. De todas formas, por si cupiera duda, el propio narrador explicita la crítica del revolucionarismo exaltado y de su protagonista desde las primeras páginas de la novela: Martín Muriel tiene un carácter grave consecuencia de una infancia penosa, huérfano de madre y víctima de la injusta persecución que sufre su padre, crece pobre en una sociedad injusta, caduca e hipócrita. Así se convierte a los principios liberales y pierde la fe en un Dios justo y bueno. Pero no nos equivoquemos identificando al autor con su personaje: el narrador advierte que «la exageración acompaña siempre fatalmente a todo movimiento revolucionario» y se distancia del fanatismo anticlerical y de la lucha de clases al tildar de «bestial y ridículo ateísmo, odio al clero y a la nobleza.» (Pérez Galdós: 1973, 238). Muchas de las ideas liberales expresadas en la novela serán compartidas por su autor, y por todo lector –acabar con el amiguismo y la recomendación, la extinción de señoríos, diezmos y otros tributos, la reforma de los mayorazgos, la necesidad de reformar el Derecho Penal y Civil... Pero Galdós se sitúa moderadamente en la advertencia de que la igualdad de los hombres no llegará por medio de la destrucción, sino del amor (Pérez Galdós: 1973, 396). El extremismo es igual en ambos lados: Martín acabará odiado por los fernandinos, pero también por los revolucionarios. Y frente al odio al clero y a la religión, el novelista reflexiona sobre la hermosura de las Catedrales para el Pueblo, su historia, propiedades y hazañas (Pérez Galdós: 1973, 399) y el dolor que siente ante la malversación religiosa de los ministros de la Inquisición. Al final, el protagonista sucumbe enloquecido, y sobre la moderación vence el fanatismo: Martín acaba gritando consignas de odio y muerte a la aristocracia, únicamente por serlo, erigiéndose él mismo en «el santo Pueblo» y en nombre de él, autodenominándose «dictador». Retrata en el personaje al populismo fanático, irracional y violento, germinado en las injusticias sociales a partir de la que se erige

demencialmente en brutal dictador del pueblo usándolo como excusa. Es decir, Galdós nos perfila la advertencia de que de ambos extremos nace la misma dictadura.

Esa misma idea expresará estallada la Guerra Civil, Manuel Chaves Nogales, el director del periódico *Ahora*, liberal que en su *A sangre y fuego* se decía partidario «de una República democrática y parlamentaria». Ya iniciada la contienda permaneció en Madrid para atender su responsabilidad periodística, pero el periódico será tomado por un consejo obrero, haciendo que conociera lo que era vivir «en pleno régimen soviético». Aterrorizado tanto por «la sangre derramada por las cuadrillas de asesinos que ejercían el terror rojo en Madrid como las que vertían los aviones de Franco», Chaves Nogales finalmente decidió abandonar España. Desde el exilio escribirá lo mismo que nos había advertido Galdós en sus novelas: del enfrentamiento entre extremos surgirá un dictador, da igual el bando a que pertenezca, ya sea liberal exaltado como Martín Muriel, o un Caballuco del bando contrario. Por eso escribirá Chaves Nogales: «El resultado de esta lucha no me preocupa. No me interesa saber que el dictador de España va a salir de un lado u otro de las trincheras» (2011, 8). Ya empezada la guerra parece claro que sólo hay dos alternativas dictatoriales y se esfuma la posibilidad de una Tercera España. Esa idea de que de los extremismos surgen los dictadores, sea el extremismo de uno u otro bando, es la misma que llevó a Pío Baroja a escribir en sus *Memorias*: «Esto es lo peor. O dictadura roja o dictadura blanca. No hay alternativa» (Baroja, cit. por Zaragoza Pelayo: 2012, 193)⁴.

Si en *El audaz* el protagonista encarnaba a la España del liberalismo radicalizado, que en nombre del Pueblo atacaba con odio al clero y a la nobleza, ante un narrador más moderado, su siguiente novela retrata el otro extremismo. *Doña Perfecta* nos presenta en Orbajosa la España anclada en el pasado en que el fanatismo religioso da poder a los caciques que impiden su progreso en aras del medro personal, y perfila ahora más detenidamente a su víctima en Pepe Rey: esa España de la ciencia, abierta a los avances europeos y en liza con el abuso de unos pocos privilegiados. Esta novela, más madura, compendia dos Españas y hace crítica de «las personas que parecen buenas y no lo son» (Pérez Galdós: 2011, 344). Otra vez con un claro posicionamiento contrario a la utilización ideológica de la religión, matiza con finura intelectual y exquisito respeto la jurisdicción de lo criticado. Aunque esté lejos del

⁴ Baroja prosigue: «Yo no soy reaccionario, ni un conservador. Tampoco tengo intereses prácticos en uno o en otro bando... A pesar de todo, creo que una dictadura blanca no siendo clerical es hoy por hoy, preferible para España. Una dictadura de militares se puede suponer lo que va a ser: Consignas más o menos severas, pero con sentido. Una dictadura roja en todos los países es lo mismo, un poder lleno de equívocos, de intenciones oscuras y de confusiones», *Ayer y hoy (Memorias)*, Madrid, 1998, pp. 137-138 (Zaragoza Pelayo: 2012, 193).

distanciamiento y objetividad, su diatriba no lo es contra la exaltación religiosa ni siquiera lo es contra quienes son exaltados religiosos; lo es contra quiénes, siéndolo, tienen además un carácter cruel, como sucede con doña Perfecta:

No sabemos cómo hubiera sido doña Perfecta amando. Aborreciendo, tenía la inflamada vehemencia de un ángel tutelar de la discordia entre los hombres. Tal es el resultado producido en un carácter duro y sin bondad nativa por la exaltación religiosa, cuando ésta, en vez de nutrirse de la conciencia y de la verdad revelada en principios tan sencillos como hermosos, busca su savia en fórmulas estrechas que sólo obedecen a intereses eclesiásticos. Para que la mojigatería sea inofensiva, es preciso que exista en corazones muy puros. Es verdad que, aun en este caso, es infecunda para el bien. Pero los corazones que han nacido sin la seráfica limpieza que establece en la tierra un Limbo prematuro, cuiden bien de no inflamarse mucho con lo que ven en los retablos, en los coros, en los locutorios y en las sacristías, si antes no han elevado en su propia conciencia un altar, un púlpito y un confesonario (Pérez Galdós: 2011, 330).

La novela retrata a quienes se sirven de una idea política o religiosa para lograr su interés personal; esos son los bandidos con los que Pepe Rey querría acabar, pero se ve incapacitado. De ahí, la visionaria anticipación de la Guerra Civil que Galdós pone en boca de quien es incapaz de vencer al fanatismo:

Yo no soy militar. No haré más que aplaudir cuando vea extirpados para siempre los gérmenes de guerra civil, de insubordinación, de discordia, de behetría, de bandolerismo y de barbarie que existen aquí para vergüenza de nuestra época y de nuestra patria (Pérez Galdós: 2011, 238).

Ese fanatismo arrastra a los moderados. Pepe, que era «manso, recto, honrado y enemigo de violencias» no podrá resistir el espectáculo de injusticia y violencia convirtiendo «mi rectitud en barbarie, mi razón en fuerza, mi honradez en violencia parecida a la de los asesinos y ladrones» (Pérez Galdós: 2011, 247). Sabiamente, Galdós refleja el poder del fanatismo y la enorme dificultad de permanecer en la moderación de una tercera España cuando la acometida es tan feroz. Por eso, los hechos de la novela terminan a tiros.

Ambas novelas, *El audaz* y *Doña Perfecta* retratan la progresiva radicalización de sus protagonistas. Y así como en *El audaz* el liberal radicalizado sucumbía, en esta el sector del conservadurismo más radicalizado hace sucumbir a Pepe Rey. El Galdós «profeta» da muerte a su personaje, como símbolo de la imposibilidad de frenar el proceso histórico al que asiste, sin lograr la extirpación de esos «gérmenes de guerra civil». Esa idea de dos Españas irreconciliables en las que la defensa de una idea se hace de modo ilegítimo, violento y exasperado subyace en los relatos galdosianos sobre el pasado histórico español. Terminada la narración de la guerra de la Independencia con el triunfo sobre los franceses relatado en *La*

batalla de los Arapiles (1875), Galdós anticipa cuál será el conflicto de la segunda serie en el epílogo “Hasta luego”:

El furor de los guerreros continuaba en el campo de las conciencias y de las ideas. Esta segunda guerra, más ardiente tal vez aunque menos brillante que la anterior, pareciome buen asunto para otras diez narraciones, consagradas a la política, a los partidos y a las luchas entre la tradición y la libertad (Troncoso: 2012, 27)⁵.

Galdós escribirá la segunda serie entre 1875 y 1879. Finalizado el relato del enfrentamiento del pueblo español contra el invasor francés que le había ocupado en la primera serie, ya no puede seguir a un solo bando, sino que tendrá que seguir a dos bandos que durante las siguientes dos décadas estarán en constante metamorfosis y subdivisión – absolutistas que son serviles, realistas, apostólicos o carlistas y liberales que se subdividen en anilleros, masones, comuneros o cristinos, en lo que acaba por ser una progresiva radicalización de cada uno de los dos bandos. Una triste evolución política a la que Galdós había asistido como joven periodista político, circunstancia que lo puso muy tempranamente a reflexionar sobre el fenómeno. Así, las fiestas conmemorativas del levantamiento español contra los franceses del Dos de Mayo en 1871 se habían convertido en la ocasión para el enfrentamiento entre los absolutistas y sus opositores liberales, quienes sorprendentemente se negaron a participar en la comitiva de las Cortes. El joven periodista Galdós da muestras de su sensatez al criticar el encastillamiento inflexible de no tributar honores a quienes se les tributaría por no querer figurar junto al partido opuesto. Ante el desaire liberal al «memorable sacrificio y hazaña del Dos de Mayo», Galdós lamenta «la intolerancia de nuestros partidos políticos y la tendencia fatal de los nuevos grupos a aislarse, a circunscribirse, a demarcar de un modo inalterable los linderos que los separan». Esta anécdota histórica es síntoma del que Galdós toma buena cuenta, porque, como dice, «explican esto y mucho más» (Pérez Galdós: 1982, 4). Ese «mucho más» de la intolerancia que observa incluso entre quienes ideológicamente podían serle más próximos, arrostrará consecuencias bélicas a causa de la incapacidad para dialogar cuando aún se está a tiempo.

Cuando cuatro años después retome los *Episodios Nacionales*, la Historia que novela ya no puede describir una unión española contra el común invasor, sino esa progresiva escisión en dos Españas separadas y con tendencia fatal a la intransigencia. Como afirma Dolores Troncoso, en esta segunda serie el escritor se propone novelar la «escisión ideológica del país, de plena actualidad en el presente de la escritura» (Troncoso: 2012, 28). Junto a los

⁵ Epílogo de la primera edición.

acontecimientos históricos novelados, destaca la evolución política del protagonista de la segunda serie, Salvador Monsalud, inicialmente afrancesado en rivalidad amorosa y política con su medio hermano, Carlos Garrote, cuyo nombre indica ya el carácter tosco y tradicionalista. Pronto, el protagonista se nos endulzará abandonando el extremo afrancesado en evolución a liberal progresista.

Por supuesto, esta idea de dos Españas radicalizadas, analizadas desde un tercer posicionamiento moderado, se refleja también en las novelas no históricas. Así, en la temprana *Gloria* (1876-1877), que ideológicamente es crítica con la intolerancia religiosa y para la que pinta la tragedia de la joven protagonista, se nos retrata ya esa posición atemperada que podemos identificar con la del escritor y esa reflexión sobre la necesidad de una tercera España. La lectura de las obras españolas en la biblioteca de su padre lleva a Gloria a hacer varias consideraciones sobre la «inclinación demasiado ardiente al idealismo» nacional, generadora de «maravillosos efectos en la poesía y en las artes», pero desquiciadora: Unos españoles míseros lo esperan todo de la protección del aristócrata, de las sobras del clero y de una política expoliadora que los beneficie, y otros bien alimentados, viven deslumbrados por el ideal de gloria y dominación del mundo. Una naturaleza bivalva: la España cuyo afán es la supervivencia material y la otra que se afana en el ideal glorioso; dos Españas constantemente enfrentadas:

Los poetas, los grandes guerreros, los frailes, los teólogos, los hombres de inteligencia cultivada entrevén una sociedad mejor, vislumbran un mundo moral superior a aquel en que viven y se agitan los pedigüeños desnudos, los holgazanes pícaros y demás gente menuda. Luchan unos contra otros. La cosa no va bien; pero no se sabe cómo puede enmendarse. Los unos piden pan, destinos, bienestar material, y no hallando quien se lo dé, roban lo que pueden; los otros piden gloria, amor exaltado, profunda fe, religiosidad, caballerosidad, justicia perfecta, bondad perfecta, belleza perfecta, y jamás pueden entenderse. De estas dos voluntades que aparecen una frente a otra en aquella sociedad calenturienta, se apodera Cervantes y escribe el libro más admirable que ha producido España y los siglos todos. Basta leer este libro para comprender que la sociedad que lo inspiró no podía llegar nunca a encontrar una base firme en que asentar su edificio moral y político. ¿Por qué? Porque Don Quijote y Sancho Panza no llegaron a reconciliarse nunca (Pérez Galdós: 2011, 40-41).

Dos Españas que Gloria ve encarnadas en don Quijote y Sancho, enfrentadas porque el hidalgo no aprendió de Sancho a ver las cosas con verdadera figura y color natural, ni Sancho aprendió todo lo que debiera de los ideales del caballero. Aún antes que el propio Galdós, Cervantes había pintado esas dos España que el escritor desearía ver reconciliadas.

Esa bipolaridad española fue tema muy desarrollado por los noventayochistas como Ganivet o Unamuno. Un hispanista portugués exiliado en Madrid, Fidelino de (Sousa) Figueiredo, extraerá las mismas ideas sólo un lustro antes del estallido de la Guerra Civil.

Influido por las ideas unamunianas de *En torno al casticismo*, repite la idea de tensión entre los dos impulsos españoles contradictorios, el de una fuerza centrífuga e integradora y cosmopolita, y otra fuerza centrípeta diferenciadora y localista. De ellas, Unamuno deseaba que España sacase un pueblo nuevo, es decir, una tercera España. En la misma línea, Figueiredo, retomando sus ideas en *As duas Espanhas*, donde vuelve a señalar la misma peculiar bipolaridad de nuestro país que Galdós, vía Cervantes, analizaba en *Gloria*. Siendo este país tan parecido al suyo –escribía Figueiredo– y formando con él la Península Ibérica, sin embargo, Portugal no forma parte de ninguna de esas dos Españas y esa naturaleza bivalva es una característica única. Y en ese rasgo ve el hispanista provechosas consecuencias artísticas, pero, a la vez, reconoce en ello la permanente amenaza de una guerra: «as duas Espanhas inconciliáveis, mas indispensáveis uma à outra, como as duas metades duma concha bivalde». Esa es la chispa de la que lo mismo brota la creatividad que la guerra: «do seu encontro e permanente estado de guerra é que chispa a criação espanhola, nacionalmente espanhola» (Vélez Rodríguez: 2000, 36-63).

Esa idea permanente en Galdós de dos Españas irreconciliables se mantendrá en toda su obra y quedará expresamente escenificada en las obras teatrales que reflexionan sobre nuestra Historia. El asunto seguía vigente a finales de siglo, y así, en la adaptación dramática de su novela *Doña Perfecta* (1896) el novelista enfatiza lo que Unamuno acababa de bautizar como una «fuerza centrípeta» y localista en oposición a otra «centrífuga» y cosmopolita –por usar los términos que sólo un año antes había empleado el bilbaíno en sus artículos de *La España Moderna*, cuya unión es *En torno al casticismo*. Así, la obra teatral galdosiana finaliza con el grito del pueblo, fanatizado y manipulado en su ridículo independentismo vociferador: «¡Viva Orbajosa y muera la nación!» (Galdós: 2009, 699).

Esa es la idea latente de su siguiente obra dramática, la desdeñada y sin embargo políticamente madura *La fiera* (1896). Para reflejar el peligro de las dos Españas progresivamente fanatizadas, empeñadas en aniquilar a la contraria en guerra fratricida, escoge la descripción del levantamiento de los realistas durante el trienio liberal y la regencia de Urgel de 1822 y su enfrentamiento a los liberales. El cruento enfrentamiento entre realistas y liberales lleva al jefe realista al siguiente juicio: «España es una jaula de locos delirantes. Las ideas no son ya ideas, sino furores. Luchamos ellos y nosotros, no por vencer al contrario, ni aún más para someterlo, sino para destruirlo (Pérez Galdós: 2009, 737)».

Otra de las ideas apuntadas tempranamente por el periodista Galdós: los bandos germinan con ideas que desaparecen ante el furor del combate, y entonces, ya no importa tanto el origen sino el deseo de destrucción del contrario. El mismo fanatismo guerracivilista que durante la

contienda, el 26 de marzo de 1939, describirá Julián Marías en su artículo “La división del pueblo español”. Cada bando se considera depositario del amor a la patria, sin que ese idealismo primigenio sea obstáculo para preferir el derrumbamiento de la nación al triunfo de su enemigo. Y sin embargo, la Tercera España aconseja que «es preciso anteponer a todo sentimiento o convicción ideológica el servicio de los intereses generales y permanentes de la colectividad» (Carpintero: 2007, 107).

La obra galdosiana describe a los hombres convertidos en fieras, dominados por el sectarismo que los enfrenta a sus hermanos. Las ideas políticas que esgrimen encubren a una única bestia que asolará España y la Tierra entera. Galdós nos sólo anticipa la guerra civil española: está anticipando la generalización de los populismos e idolatrías, la globalización de los fanatismos violentos y destructores. En nombre de una idea, el hombre puede convertirse en fiera. Ambos bandos enfrentados, son el mismo monstruo, tan tiránicos unos como otros:

Entre unos y otros asolarán la tierra y la llenarán de sangre y ruinas. (...) Creo que es una sola fiera, señor; una sola con dos cabezas. La idea exaltada y el orgullo despótico la engendraron.

MARQUÉS: (Burlándose). Será horrible.

BERENGUER: Es hermosa, arrogante, y sus rugidos enardecen a los hombres y les arrastran a un heroísmo brutal. En su piel están pintorreadas todas las ideas. Cada cual ve en ellas lo que le acomoda (2009, 759).

La fiera aparenta hermosura, pero es el ser humano quien quiere ver en ella lo que le conviene para sentirse enardecido y poder creerse héroe al actuar violentamente contra los otros. Por eso, ambos extremismos son igual de peligrosos y Berenguer para aniquilarlos mata al fanático liberal, primero, y luego al fanático realista, y entre ambos cadáveres, exclama haber matado a la fiera. Las banderas amparan con su sombra infamias y horrores (Pérez Galdós: 2009, 746). Esa es la misma fiera que José Moreno Villa describió en ambos bandos al hablar de la Guerra Civil en su autobiografía *Vida en claro*. Llevado a la Residencia de Estudiantes por Jiménez Fraud en 1917, permaneció allí veinte años como una especie de tutor de los jóvenes, entre quienes estaban Lorca, Dalí o Buñuel. Con moderación y tristeza, describe cómo en 1937 –año en que la abandonó–, la Residencia había ido vaciándose, mientras que sus trabajadores empezaban a mirar a los que permanecían como enemigos burgueses a los que coaccionar con la amenaza de «pasearlos». Este poeta y pintor, partidario de una República con orden, vio cómo progresivamente todas las clases se dividían, ya fueran trabajadores o burgueses, militares y eclesiásticos. A su juicio, más temible que el bombardeo de Madrid era «el hombre fiera, que sin saber leer ni entender las explicaciones exigía papeles

de identificación»⁶ (Moreno Villa: 2006, 153). La fiera es tan atractiva que una vez que se ha señoreado de los hombres, las ideas se desvanecen. Un testimonio semejante es el de Clara Campoamor al describir el terror del Madrid del 36 en *La revolución española vista por una republicana* (1937): «desde el principio de la lucha los republicanos ya no contaban⁷». La escisión nominal de los bandos es propaganda del gobierno para estimular al pueblo – prosigue Campoamor– la división «entre fascistas y demócratas (...) no se corresponde con la verdad, hay al menos tantos elementos liberales entre los alzados como antidemócratas en el bando gubernamental...» (Campoamor: 2009, 149). Como Galdós decía, la fiera aparenta ser una u otra cosa para lograr la destrucción.

Galdós constituye un precedente imprescindible del pensamiento de los novecentistas. No en vano, Pérez de Ayala, Machado, Ortega, Unamuno y otros muchos pensadores repetirán las ideas aprendidas en Galdós y que constituyen el pensamiento político más original y constructivo con que encarar la modernidad. Pero Galdós no sólo pronostica la Guerra Civil de no lograr el triunfo de una Tercera España, sino que anticipa el progresivo fanatismo general, la globalización de la violencia protagonizada por quienes se creen abanderados de una idea para dar rienda suelta a su deseo de destrucción. Ya sea en España, en la Francia napoleónica o en la Siracusa corrupta de *Bárbara* (1905), la violencia de los hombres contra otros hombres es la manifestación aparente de una idea, que en la realidad no es una idea racional, sino un deseo irracional, un apetito insaciable e impositivo de la humanidad; una barbarie suicida. El propio Galdós de principios del siglo XX volvía a advertirnos del peligro en *Bárbara*: nada había cambiado «el mundo da vueltas y vuelve a estar donde estaba» (Pérez Galdós: 1990, 69). El tiempo está encadenado «y lleva los días presentes a los días pasados» (Pérez Galdós: 1990, 710), poniendo de actualidad las antiguas demandas galdosianas de una Tercera España madura y reflexiva.

⁶ Se refiere a las partidas de milicianos.

⁷ «Si les han conservado una mínima representación en el gobierno revolucionario de Largo... es para salvar las apariencias, para poder negar en el extranjero que España se encontraba bajo un gobierno rojo» (Campoamor: 2009, 124).

BILIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ-BUYLLA BALLESTEROS, M., “El asesinato de Melquiades Álvarez. Víctima de tres tiranías”, *Torre de los Lujanes*, Madrid, 68, 2011, pp. 173-188.
- CAMPOAMOR, C., *La Revolución española vista por una republicana*, Sevilla, Espuela de Plata, 2009.
- CARPINTERO, H., *Una voz de la Tercera España. Julián Marías, 1939*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- CHAVES NOGALES, M., *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España*, pról. de Ana R. Cañil, Austral, 2011.
- MARÍAS, J., “El patriotismo necesario”, *ABC*, 17-3-1939.
- MORENO VILLA, J., *Vida en claro. Autobiografía*, prólogo de J. Pérez de Ayala, Madrid, Visor Libros, 2006.
- JULIÁ, S., *Historia de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004.
- LARRA, M. J., *Artículos de costumbres*, Ed. P. Provencio, Madrid, Edaf, 2005
- PÉREZ GALDÓS, B., *Los artículos políticos en la Revista de España 1871-1872*, edición de J. Dendle y J. Schraibman, Hanover, Lexington, Kentucky, 1982.
- *Obras Completas, Novelas, T.I*, Introd. De F. C. Sainz de Robles, Madrid, Aguilar, 1973.
- *Doña Perfecta*, edición de G. Gullón, Madrid, Austral, 2011.
- *Teatro completo*, edición, introducción y notas de R. Amor, Madrid, Cátedra, 2009.
- PRESTON, P., *Las tres Españas del 36*, Madrid, DeBolsillo, 2010.
- TRONCOSO, D., *La historia de España en Galdós. Análisis y proceso de elaboración de los Episodios Nacionales*, Vigo, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Vigo, 2012.
- VARELA OLEA, M^a Á., “Ilustración y Romanticismo en la actitud política galdosiana. “Celia en los infiernos” en su contexto”, *Isidora. Revista de Estudios Galdosianos*, núm. 21, 2013, pp. 17-44.
- VÉLEZ RODRÍGUEZ, R., “Traços Intelectuais de Fidelino de Figueiredo”, *Carta Mensal*, Confederação. Nacional do Comércio, vol. 45, núm. 539, Río de Janeiro, 2000, pp. 36-63.
- ZARAGOZA PELAYO, R., “Los testimonios de la Tercera España”, *HAO*, Núm. 28, primavera, 2012, pp. 191-192.